

EXHORTACION PASTORAL

DEL

Administrador Apostólico

DE LA

DIOCESIS DE GUAYAQUIL



GUAYAQUIL

Imprenta "Bolivar" Calle de Luque N. 65

1896.

NOS, DOCTOR DON
PÍO VIGENTE CORRAL,
DIGNIDAD MAESTRESCUELA

DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL Y ADMINISTRADOR
APOSTOLICO DE LA DIOCESIS.

AL VENERABLE CLERO
SECULAR Y REGULAR Y A TODOS LOS FIELES DE
NUESTRA DIOCESIS; SALUD Y PAZ EN
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Pertranssit benefaciendo.
Ha pasado haciendo el bien.
Act. X — 38

Venerable Clero y amados diocesanos en N. S. Jesucristo:

El alto y difícil cargo de Administrador Apostólico de esta Iglesia que nos ha confiado la Santa Sede, nos impone el deber de dirigir la palabra, para recordaros las sublimes verdades de nuestra Santa Religión y los grandiosos destinos para los

cuales hemos sido creados. Y ¡qué tiempo más oportuno para ello como el de Pasión que se aproxima, ni qué circunstancias más adecuadas como las actuales en que Guayaquil, con el terrible incendio del 12 del pasado, ha sufrido la prueba de la más dura y amarguísima tribulación!

Todo nos advierte que el mundo miserable en que vivimos es valle de dolor y lágrimas donde no nos es dable fijar nuestra mansión y que en la eternidad se encuentra la morada de paz perfecta y gozo cumplido para nuestras almas.

Desgraciadamente estas verdades, tan dulces y consoladoras de nuestra Religión augusta, se hallan hoy más que nunca oscurecidas por los ataques obstinados de una prensa incrédula y temeraria. Por esto es necesario afirmarnos en la convicción de que el catolicismo es la única Religión verdadera, la sola por consiguiente que nos encamina á la posesión de la bienaventuranza eterna, y que aún en este mundo hace la dicha de los pueblos y los individuos.

Pasaron ya los tiempos en que el paganismo y las sectas anticristianas trataban de sustituirse al Culto Católico; ahora es la incredulidad, la que amenaza entronizarse sobre las naciones, destruyendo toda religión positiva y haciendo principalmente de la Cruz el blanco de sus oñios y dicterios. Pero como la impiedad es un crimen contra la naturaleza, porque todo hombre es naturalmente religioso, de aquí que hasta la incredulidad trata de erigirse en una nueva religión, cuyos dogmas son

la blasfemia, el sacrilegio y la duda universal, y cuyo culto consiste en la adoración al espíritu del mal ó sea á Lucifer. he añi la forzcsa disyuntiva en que se hallan hoy colocados los pueblos. Los Satanistas aseguran que Adonay el Dios de Israel es joh espantosa blasfemia! una deidad cruel y vengativa y por lo mismo una deidad falsa; que Jesucristo Señor nuestro es un impostor y el catolicismo la cloaca de todos los errores y vicios, y que el único redentor de la humanidad es Lucifer, el Angel apóstata y réprobo. Esta es la nueva religión que se propone á los ecuatorianos como llamada á reemplazar muy en breve al catolicismo, que dicen los sectarios del Diablo, van á extirpar de nuestra República. (1)

¿Cómo refutar en un razonamiento suscito este cúmulo inmenso de errores é impiedades? ¿Será posible que haya en nuestros pueblos alguien tan desgraciado que quisiera postrarse ante las aras innobles del espíritu de tinieblas? El Satanismo, he aquí el último fruto de la incredulidad en el siglo XIX, el cual despreciando la abnegación humilde de la Santa Fé Católica, ha rechazado todos los dogmas, pretendido igualarse al mismo Dios, y ha concluido miserablemente por adorar á la Bestia. De este modo los que rehusan someterse á las

(1) Vease el número de "EL PARTIDO RADICAL", periódico redactado en Portoviejo, en que de la manera más expedita y clara se asientan estos errores.

enseñanzas de la Religión, caen á la postre en las infamias del paganismo. ¿Ni qué otra cosa son las prácticas ignominiosas de la masonería?

Al contrario en la augusta Religión Católica, todo es digno, todo noble y grande. La verdad, la virtud y la civilización dan testimonio de ser cierta y divina la Fé que profesamos.

La verdad es una, la verdad jamás se contradice; no hay ni puede haber oposición entre dos verdades, aunque sean de orden diferente. Por esto el catolicismo es la única religión que está en perfecta armonía con todas las ciencias. Todas las sectas se imponen por la fuerza, sus triunfos son los de la espada y las bayonetas; sólo el catolicismo se propaga á pesar de los potentados y tiranos, por la predicación, es decir, por el ascendiente irresistible de la verdad. La Iglesia Católica ha sido madre y protectora de todas las ciencias; á ella se debe el establecimiento de las más famosas Universidades de Europa y América. La filosofía escolástica, ese estupendo y colosal resumen de la sabiduría humana ¿dónde ha crecido sino en los claustros? ¿quién sino Bacon, docto y humilde religioso de San Francisco, trazó la norma y dió impulso á las ciencias físicas y naturales, que forma el orgullo y la riqueza de los tiempos presentes? ¿Y cuánto no podríamos decir de las artes? El Catolicismo ha pasado en medio de los pueblos como reguero de luz, disipando los errores, enalteciendo las inteligencias y abriendo siempre nuevos y anchurosos horizontes á la verdad. Cuando Dra-

per se atrevió á calumniar á la Iglesia, presentándola como enemiga de las ciencias, plumas elocuentes y eruditas refutaron al escritor norte-americano, manifestando que lo único incompatible con nuestros dogmas, no es la verdad sino el sofisma, no el amor sino el odio. Convencidas de ello las naciones más cultas del globo, al par que las más abyectas y olvidadas, todas se acercan más y más al catolicismo, porque sólo en él, se encuentra la fuente de aguas vivas de la verdad y la ciencia; mientras que las sectas no son otra cosa que inmundas cisternas de fango y corrupción. La Escritura Sagrada dice que nuestro Señor Jesucristo, pasó haciendo el bien y la historia siempre que trata de la Iglesia tiene que reasumir su misión en estas mismas palabras: *Pertranssit benefaciendo.*

¿Y cuáles son los progresos que debe el mundo á la incredulidad y al libertinaje? Estos funestos y malhadados enemigos de la humanidad no hacen sino sembrar por todas partes la desolación y la muerte, y en vez de ser focos de verdad, como lo pretenden, no son sino productores de tinieblas. Hoy niegan á la Iglesia sus más esenciales derechos y desconocen la divinidad de nuestro Señor Jesucristo; mañana negarán la existencia de Dios, la espiritualidad del alma y su inmortalidad. Para los periódicos impíos el hombre es una bestia, la ciencia un enigma, el universo un caos. Destruir, aniquilar he ahí la filosofía de la incredulidad. Y ¿qué resta entonces para los pueblos que tienen la desgracia de caer en semejantes sofismas? No les

queda otra cosa que la desesperación. ‘Tiemblo, escribía Rousseau á un discípulo de Diderot, tiemblo de veros aflijir á la Religión con vuestros escritos. Mi querido Deleysé, no os fieis de vuestro talento satírico. Aprended especialmente á respetar la Religión, la humanidad sólo os impone este respeto. Los grandes, los ricos, los dichosos del siglo, se regocijan mucho de que no hubiere Dios; pero la esperanza de otra vida consuela de los trabajos de ésta al pueblo y al desdichado. ¡Qué mayor crueldad que privarles hasta de esta esperanza.’ (2) Esto decía un impío.

La virtud da igualmente testimonio de la verdad de nuestra Santa Fé. Toda virtud es un esfuerzo, un acto de abnegación, por el cual se renuncia la satisfacción del momento y los caprichos del egoísmo por atender al bien general y á los intereses de la caridad y la justicia. La Religión católica, proponiéndonos por modelo de imitación á un Dios Crucificado, nos da el ideal de la más cumplida abnegación. Por esto la Cruz es la fuente de todos los heroísmos y la suprema regla de todas las virtudes. Pero donde estas se concentran y resumen del modo más admirable es en el clero y los institutos religiosos. ¿Qué acto de abnegación por difícil que sea no se ha propuesto como fin alguna Orden ó Congregación religiosa? La pobreza es

(2) Cita tomada del Ensayo sobre la indiferencia por Lamennais part. 2ª cap. 2º

la dote de los hijos de San Francisco; el celo de los de San Ignacio, etc. De aquí es que en los pueblos católicos, no se halla una sola necesidad social que no esté satisfecha por la abnegación y cuidados de una institución dedicada especialmente á la práctica de la virtud reclamada por aquella necesidad. El Hermano de las E. E. C. C. atiende á la niñez, las H. II. de la Caridad á los enfermos, el hijo de San Camilo de Lelis á los agonizantes; el huérfano y el leproso, el anciano abandonado y el expósito infeliz, todos encuentran en el seno del catolicismo una mano benéfica que los proteja.

Entre los benefactores de la humanidad se cuenta y con sobrada razón, todo el Clero católico, pero especialmente los sacerdotes encargados de la cura de almas en miserables parroquias rurales, que por sólo dar gloria á Dios y trabajar por la salvación de las almas, renuncian las comodidades del hogar y las ventajas que para la vida social ofrecen las ciudades, sometiéndose á todo género de privaciones y más que todo, á la prevención y contradicciones de personas que obstinadas en el mal, presentan tenaz resistencia al mejoramiento de sus costumbres, llegando á ser el terrible martirio de sus párrocos, cuyas labores aunque encaminadas á procurar el mayor bien de los fieles encomendados á su solicitud, excitan el odio y desprecio de los malvados que por desgracia se encuentran en todas partes.

Los impíos para ofuscar estos torrentes de luz se desviven por encontrar manchas en el clero y los re-

ligiosos. ¿Pero acaso no hay también manchas en el sol? ¿Y quitan éstas por ventura los resplandores del astro rey? ¿No quedan aquellas como anegadas y perdidas en el diluvio de luz con que el sol inunda el universo? Para corromper el aroma suavísimo de abnegación, continencia y caridad que sale del santuario y de los claustros, se afanan los incrédulos por remover el fango de la humana miseria, y encontrar por ahí algún cadáver que presentar á la expectación pública. ¡Qué triste y nada honrosa ocupación la de los enemigos del clero: removerse perpetuamente en las cloacas, hallar algo con que escandalizar al pueblo! Pero este mismo escándalo y el empeño con que se sacan á relucir los defectos aislados de un apóstata están probando que la virtud y la santidad son los rasgos distintivos de la casa del Señor. ¿Se extrañan acaso en el mundo los vicios que tan ajenos se reputan y con razón del sacerdocio?

Del consorcio armonioso de la verdad y de la virtud resulta la civilización cristiana que es el tercer testigo de la alteza y divinidad de la Fé que profesamos. Todas las grandes ideas, cuyo desarrollo ha abierto para la humanidad nuevas sendas de progreso, así como las más importantes instituciones sociales deben, ya la iniciativa, ya al menos protección é impulso á la Iglesia Católica. A ella se deben la abolición de la esclavitud en el mundo antiguo y de la servidumbre en la Edad media y la moderna. El Derecho Internacional debe al catolicismo sus principales adelantos, de igual

suerte que el Derecho Civil y el Criminal. En suma, la civilización presente no es otra cosa que la civilización cristiana

Calúmniase inconsideradamente á la Iglesia Católica cuando se le acusa de ser enemiga de la libertad y la democracia. ¡Cómo enemiga, si precisamente al catolicismo se debe la libertad política de los pueblos? No hay ni puede haber verdadera República, sino al amparo de las virtudes cívicas, ó mejor dicho cristianas, que alejan los avances del despotismo é imponen el respeto del más ínfimo de los ciudadanos; esto es imposible sin la influencia de la moral del Evangelio. He aquí porque fuera del catolicismo no ha habido ni puede haber verdadera República. La Iglesia es enemiga de la demagogia y la anarquía; pero no de la democracia. Lo prueban así las luminosas encíclicas de nuestro Santísimo Padre León XIII, ya en bien de los obreros, ya para ilustrar las cuestiones más importantes relativas á la libertad y á la política.

Pertranssit benefaciendo: la Iglesia ha pasado haciendo el bien: el catolicismo es la manifestación más hermosa y alta de la Providencia Divina en la historia del mundo. Pues ¿por qué existen entre nosotros hombres extraviados, escritores impíos que han declarado guerra á muerte al catolicismo? *Quid male fecit?* podíamos preguntarles, ¿qué malos ha hecho? Ningún mal sólo beneficios ha reportado el Ecuador de la acción civilizadora de la Iglesia. Ay! del día en que nuestra Santa Religión se vea arrancada del suelo de esta República!

Para que no suceda tamaña desgracia apreciada como es debido, amados diocesanos, el bien excelentísimo de la Santa Fé Católica, no os expongáis al peligro de perderla, y para ello huid de las reuniones en que se insulta nuestra Santa Religión y se hace mofa de los Ministros del Señor, absteniendos también de la lectura de malos libros y periódicos antireligiosos.

El bien inmenso que nos ha otorgado la munificencia divina arraigando en la República del Ecuador la Santa Religión Católica, exige de parte nuestra, carísimos diocesanos, la gratitud ardiente para con el Altísimo, y esfuerzos continuados para mantener intacto el depósito de la Fé contra los ataques incesantes de la impiedad. No nos avergoncemos jamás de ser ni aparecer católicos, al contrario, tengamos á grande gloria y honra el ser tratados y reconocidos como tales, y mucho más todavía el ser injuriados y aún perseguidos por una causa tan santa. ¿No era este precisamente el mayor anhelo de los cristianos de la primitiva Iglesia? Oid como les aconsejaba el Apóstol San Judas: "Carísimos, habiendo deseado vivamente el escribiros acerca de nuestra común salud, me hallo al presente en la necesidad de practicarlo: para exhortaros á que peleéis valerosamente por la Fé que ha sido una vez enseñada á los Santos. Porque se han introducido con disimulo ciertos hombres impíos, (de quienes estaba ya muy de antemano predicho que vendrían á caer en este juicio ó condenación) los cuales cambian la gracia de nuestro Dios (ó sea la libertad

que nos da el Evangelio) en una desenfrenada licencia, y reniegan de Jesucristo nuestro único Señor y Soberano." Estos son, añade el Apóstol, los que se entregan á todos los vicios de la carne, menosprecian toda dominación, y blasfeman contra toda majestad. *Carnem quidem maculant, dominationem autem spernunt, majestatem autem blasphemant.* Pero mirad, prosigue, que conforme á lo que está anunciado, vendrá un día el Señor con millares de sus santos "á juzgar á todos los hombres, y á redargüir á todos los malvados de todas las obras de su impiedad, que impiamente hicieron, y de todas las injuriosas expresiones que profirieron contra Dios los impíos pecadores. . . Vosotros, empero, carísimos, proceded de otra manera, elevandoos á vosotros mismos como un edificio espiritual sobre el fundamento de vuestra santísima Fé.[1] orado en el Espíritu Santo, manteneos constantes en el amor á Dios, esperando la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo para alcanzar la vida eterna."

Siendo la mala prensa una de las armas de que se vale la impiedad con más éxito y audacia, para propagar las malas doctrinas, deber es principalísimo de todos los católicos negar su cooperación á aquellas publicaciones irreligiosas. Pecan, por lo mismo, cuantos se suscriben á periódicos inmORALES ó impíos, y leen ó hacen leer á otros producciones semejantes. Si un sólo incendio material cau-

[1] S. Jud. v. 2, 4, 8, 14 y siguientes.

sa ruinas y estragos incalculables en nuestra ciudad y su territorio, como lo demuestra la catástrofe que lamentamos actualmente, ¿quién podrá expresar la desolación y muertes que en el orden moral realiza ese otro incendio voraz y destructor de una mala prensa? ¿Y no es esta la calamidad que sobre todas las otras pesa hoy sobre esta República? ¿Qué ganará el Ecuador perdiendo su catolicismo, es decir, su único timbre de gloria entre todas las naciones, y el fundamento más sólido en que estriba su esperanza de venturoso porvenir?

Pero no solamente, amados diocesanos, os habéis de abstener de cooperar con vuestras suscripciones al desarrollo de la mala prensa, sino que además debéis auxiliar y fomentar la propagación de la buena por todos los medios que tenéis á vuestro alcance. ¡Ah! si la causa católica tuviera en favor suyo la protección con que cuentan la impiedad y el indiferentismo, ¿qué empuje tan poderoso no recibieran el progreso y civilización verdaderos en nuestro país? En vez del porvenir oscuro y tempestuoso que nos amenaza, veríamos sonreír para la República una era nueva de paz, prosperidad y bienandanza, al amparo de la Cruz y en medio de los resplandores vivíficos de la Fé!

Para que esta dulce ilusión por todos acariciada se convierta en venturosa realidad, procuremos, carísimos hijos y Venerables Sacerdotes, que nuestras obras sean conformes á la Fé santa que profesamos. Cierto que si el lujo, codicia y amor desenfrenado á los placeres no hubiesen crecido tanto en

nuestras poblaciones, no tendríamos que lamentar la disminución de la Fé, ni los estragos de la incredulidad! Cuando no hacemos penitencia voluntaria, el Señor nos la impone forzada por medio de una de esas espantosas catástrofes que derraman el luto, la miseria y el dolor en torno suyo. El mejor recurso para alejar de nosotros estas calamidades es la oración unida á la práctica fiel y abnegada de las otras virtudes cristianas.

Felizmente entre los muchos motivos de aflicción que presenta el estado de nuestra Diócesis, hay un motivo de consuelo, y no pequeño, para nuestra alma acongojada, y es recordar que Guayaquil es una ciudad dadivosa, llena de expansión y generosidad; es la ciudad donde reina como en su propio trono la santa y divina virtud de la caridad. ¿Cuándo se ha extendido entre nosotros inútilmente la mano del menesteroso? ¿Qué obra de utilidad pública ó de beneficencia cristiana ha surgido en este suelo sin haber sido abundantemente socorrida así por las larguezas del rico como por el óbolo del pobre? Pues bien: una ciudad generosa y caritativa no puede perecer.

Ahora que una durísima tribulación ha visitado á innumerables familias, sumiéndolas en completa indigencia, á causa del pasado incendio, la caridad pública de esta ciudad se ha manifestado en todo su esplendor, siendo á no dudarlo, su benéfica chispa la que ha inflamado á la República entera, para de consuno haber contribuido á miti-

gar la angustiosa situación de nuestros hijos damnificados.

Por esto, rebosando nuestra alma de profunda gratitud, tributamos, en primer lugar, las más rendidas acciones de gracias á Dios nuestro Señor, de quien procede todo bien; y después, como Prelado de esta Diócesis, queremos hacer público nuestro reconocimiento á nuestros amados fieles y á los caritativos habitantes de nuestras Provincias hermanas por sus cuantiosas y espontáneas dádivas con que se han apresurado á socorrer á las víctimas del incendio, siendo en la presente calamidad pública la caridad cristiana el estrecho y fraternal vínculo con que han quedado más íntimamente ligados los habitantes de la República.

La limosna ha de robustecer entre nosotros la Fé, y en brazos de la caridad, ha de levantarse Guayaquil de sus cenizas más hermosa y cristiana que nunca. No dejéis, amados diocesanos, de continuar practicando con abnegación y celo el consejo del gran Apóstol, que nos dice: "No echéis en olvido el ejercer la beneficencia, y el repartir con otros vuestros bienes, porque con tales ofrendas se gana la voluntad de Dios. *Talibus enim hostiis promeretur Deus*".(1)

Pidamos á Dios Nuestro Señor que sea esta dura y amarga tribulación la última prueba que tengamos que deplorar, y que como fruto de nuestra resignación cristiana, veamos florecer en nues-

(1) Hebr. XIII, 16.

tro suelo más losano que nunca el arbol secular y frondoso de nuestra Santa y Augusta Religión, para lo cual imploramos humildemente en favor de nuestra Diócesis las bendiciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Disponemos que esta nuestra Exhortación Pastoral sea leida en todas las iglesias de nuestra Diócesis por sus respectivos Rectores en el primer día festivo inmediato á su recepción.

Dada en el Despacho de la Administración Apóstolica de Guayaquil, á 19 de Marzo de 1896, fiesta del Patriarca Señor San José.

Vicente Corral.